

Andrés Bilbao: IN MEMORIAM

Estamos aquí recordando y homenajear a Andrés en un acto que sabemos que le hubiera resultado entre marcial y asombroso, más bien impúdico y desde luego excesivo, pero que también habría aceptado al reconocer que en realidad no estaba dirigido a él, sino a los suyos, es decir, a nosotros, a los aquí presentes, que sentimos necesidad de poner las cosas en palabras, lanzarlas al espacio público y ver cómo nos rebotan, cómo acaban dando sentido a lo informe, cómo generan un mundo que asigna un espacio propio a los muertos, a nuestros muertos.

Como todo ser humano, Andrés era muchos. Gran parte de su vida intelectual la pasó luchando contra la idea-monstruo del individuo, ese ente arrojado, solitario, vacío, encerrado en un sí mismo, pulsionado por pasiones más porcinas que humanas; y si mantuvo esa lucha intelectual infatigable es porque sabía por propia experiencia que uno es muchos, que la pluralidad no se encuentra tan sólo en el mundo de ahí fuera, sino ya en uno mismo, en los mil demonios que nos arrastran, en los múltiples escenarios de construcción y presentación del sí mismo en los que nos movemos, en definitiva, en ese complejísimo juego en que consiste la vida que se afirma sin atenerse a nada, simplemente porque es y quiere perseverar en el ser.

Y es esa multiplicidad, esa acumulación de pliegues la que quiero aquí recordar, pues daba lugar a una construcción muy peculiar de su personalidad, que la hacía tan deslumbrante. En principio un diría que nadie más de una pieza, ni más extraño al pliegue barroco que el Andrés escritor que todos hemos leído. Os recomiendo la lectura de su último escrito publicado, un artículo dedicado a la influencia de Newton sobre Smith, que apareció en el n.º 37 de *Política y Sociedad* dedicado a Adam Smith y coordinado por él. En ese escrito hay como una muestra, cerrada sobre sí misma y al borde de la disolución, pero en el fondo químicamente pura, de su característica manera de abordar y poner en palabras el análisis del mundo. Andrés estaba ya entonces enfermo y la enfermedad se asomaba claramente en su es-

critura, pero ésta se resistía, y aunque había perdido la capacidad para secuenciarse, para desarrollar por etapas los argumentos e hilar unas cosas con otras, lo compensaba invirtiendo en bloque en lo que era distintivo de su manera de entender la labor intelectual y que se cifraba en una concentración inclemente en lo sustancial, en una apuesta por las frases cortas y que van directamente al grano, en la total ausencia de adornos y florituras, en la frialdad a la hora de presentar los argumentos, en definitiva, en un muy marcado deseo de ser agua gélida, recién salida del manantial y que sólo quiere ir hacia abajo, por lo derecho, hacia lo sustancial.

En ese escrito, Andrés retrata las características angustiosas de un mundo frío y sin alma en el que rige un orden ininteligible producto de un acto arbitrario de voluntad del Dios nominalista; un mundo en el que, movidos por sus impulsos pasionales, actúan los hombres, reducidos a puros individuos que sólo activan una racionalidad formal de cálculo. Ese mundo, nos dice, era el de Smith y sigue siendo el nuestro por lo menos en los sueños hegemónicos de esa teología puesta al día que es la economía. No hay ningún aspaviento en la prosa que lo retrata; ni siquiera asoma la ironía. Se busca la precisión: fotos escuetas, de primer plano, en blanco y negro, centradas en lo sustancial, que, por acumulación, acaban dando un retrato de conjunto. El resultado es escalofriante, tanto más cuando uno sabe, como sabemos ahora, que ésas eran las últimas muestras de un entendimiento que, aunque se resistía tercamente a la oscuridad, se iba apagando poco a poco.

Alguien que escribe así apuesta por un clasicismo sin adornos, que prescinde de toda retórica y se compromete con la línea recta y la claridad. No hay pliegues en la prosa de Andrés, como no los había en lo que consideraba su tarea intelectual-académica. Era, lo fue siempre, un asceta comprometido, severo y abstracto; y en lo que fue su trabajo académico-intelectual esa apuesta por el ascetismo ocupó siempre el primer plano. En este sentido, recuerdo que cuando, al hilo de la reforma del

plan de estudios, le pedimos en el Departamento que nos diera un descriptor de la nueva asignatura de Sociología Económica que él iba a impartir, nos pasó uno a modo de telegrama escueto en el que se limitaba a poner «Smith, Marx, Keynes». ¿Economía de es-fuerzos? No, más bien concentración en lo sustancial y, además, compromiso con la verdad, pues en realidad era al análisis de la relevancia social y sociológica de las obras de esos autores a lo que pensaba dedicarse. ¿Para qué entonces llenar de pliegues engañosos lo que se podía decir por lo llano, simple y directo? ¿Para qué hacer lo que los demás hacíamos: dar brindis al sol, llenar el BOE de palabras huecas o falsas? Andrés se atenía a su plan y éste era simple por ser sustancial.

Podría pensarse que un personaje con este compromiso intelectual y esta manera de adentrarse por lo directo en la realidad había de ser en su vida del día a día un irritado profeta de Israel, seco, severo, inamovible, sin concesiones, nada amable con los demás. ¡Pero nada más lejano de la realidad! Cuando salía del papel escrito o bajaba de la tarima de clase, es decir, cuando, en sus mismas palabras, dejaba de predicar y se olvidaba de sus broncas con el Dios onanista, Andrés echaba un candado a su ascetismo intelectual y se entregaba sin más a un epicurismo mediterráneo, bur-lón, desecido, amigo de las ironías, donde el ingenio no sólo se permitía, sino que incluso se constituía en la única fuente de verdad. Se convertía así en el amigo imprescindible que todo el mundo quería tratar y que, enredado en su maraña de pequeñas manías, que fijaban para quien le quisiera acompañar sitios, comidas, paseos y conversaciones, hacía grata la vida a los demás y mostraba que el mundo podía ser, aunque sólo fuera en contadas ocasiones, un jardín amable en el que hasta el individuo moderno se olvida de sí mismo, ve sus divisiones internas, reconoce su pertenencia al grupo y se limita a entretenerse, mientras se comunica con los otros humanos y acepta con tolerancia el mundo.

Sería ocioso preguntarse cuál de las dos personalidades era la más real o auténtica: lo eran las dos, como también lo era ese vaivén que lo llevaban a pasar de la una a la otra sin solución de continuidad, como si fueran las facetas de una identidad compacta y en bloque.

Ciertamente había algunos rasgos unitarios que se proyectaban en todas sus manifestaciones vitales: por ejemplo, esa elegancia que le eran tan consustancial y que no sólo era externa y de movimientos, sino básicamente interna, intelectual; o también, ese sentido tan desarrollado de la discreción, tanto en relación a los otros como en relación a sí mismo, que le hacía ocultar con pudor su intimidad y le impedía entregarse a la confidencia personal. Pero, en cualquier caso, lo que en él era crucial, lo que sus compañeros y amigos echaríamos siempre de menos, era esa rica personalidad llena de pliegues, alegre, comprometida con una búsqueda incondicional de la verdad, pero también abierta al reconocimiento de la enorme complejidad del mundo y sus matices; burlona con las injusticias mundanas y a la vez encendida en contra de ellas; la personalidad de quien no creyendo en la rigidez de una aproximación moralista al mundo consentía en comprometerse con él y estaba siempre abierto a responder a la última llamada del último grupo radical para intervenir en una charla. Sólo una persona así pudo llegar a encarnar el milagro que todos presenciamos, pasmados, hace ya años en esta casa: su aceptación de un cargo académico en el Gobierno de la Facultad: él, el último de los burócratas, convertido en uno de los primeros y más ejemplares. Milagro de los milagros: pliegue del pliegue.

No quiero seguir por esta vía. Me doy cuenta de que presentando este retrato del amigo muerto me deslizo sin querer por el odioso género de la hagiografía y que si ha habido alguien que odiara esa retórica de celebración de la santidad de los difuntos ha sido justamente él. Con todo, no me resisto a conjeturar que la suya fue una vida plena. No sé si alcanzó esa sabiduría práctica que a todos nos gustaría alcanzar, pero sí me parece que dio cumplida respuesta a los tres problemas que como humanos enfrentamos: el problema del asombro que el mundo nos causa, el problema de la inquietud a que nos aboca el hecho de ser vertebrados que se mueven y bracean sin ton ni son desde su nacimiento y el problema de la soledad. En estos tres planos Andrés se esforzó.

El asombro del contemplador del mundo lo tuvo siempre instalado en sus ojos: ese asombro lo llevó a un diálogo sin fronteras en el tiempo en el que fue remontándose hacia unos

orígenes cada vez más lejanos: primero diálogo con los modernos, después con los teólogos cristianos, por último, con los griegos en los que encontró cada vez más claves para dar respuesta a sus preguntas; al final se la pasaba de cháchara permanente con Aristóteles, y así hasta sus últimos días. Pero no fue Andrés un simple contemplador del mundo: también supo dar respuesta a la inquietud. La inquietud prometeica lleva a actuar, a no quedarse sossegado a resguardo, a acometer el mundo para conformarlo. Andrés canalizó su inquietud hacia el compromiso político desde muy joven; con el paso del tiempo se libró de siglas, pero nunca cayó en la torpe indiferencia. Le parecían ingenuos, y por ello peligrosos, los progresistas al uso, que creen que tienen a la historia de su padre y que, al cabo, el drama tendrá un buen final. Según él la historia tendía a mostrar lo contrario: es más, pensaba que la historia simplemente se desplegaba sin sentido ético alguno: puro bla-bla-bla contado por un idiota y que nada significa. Creía por eso que lo mejor era tener los ojos despiertos, estar atento, y no dar ninguna victoria por definitiva, ni ninguna libertad por consolidada. Había que actuar, pero sin hacerse ilusiones, a la espera de la autoconciencia de los propios errores. Así canalizaba y daba sentido a la inquietud. En cuanto a la soledad, es un problema de tan difícil solución que habría que decir que pocas veces alguien tan dado a la amistad y que tanto gozaba del estar y el comunicarse con el otro ha estado sustancialmente tan solo. La soledad de Andrés no era agónica; era la soledad heroica del corredor de fondo. Esto le hacía tener ese aire como de despiste, moverse por entre las cosas sin dejarse atrapar por los escaparates y sus mercancías vistosas, sino

obsesionado, como buen marchador, por el desplazamiento puro que permite oxigenar el cerebro y hace más fácil el pensar.

Así era el Andrés que yo recuerdo y que ahora sólo puedo recordar. Su cruel enfermedad y su muerte la hemos vivido, todos, como una injusticia que clama a los cielos. Decía Unamuno que debíamos vivir y obrar de tal manera que «que sea nuestra aniquilación una injusticia, que nuestros hermanos, hijos y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos reconozcan que no debimos haber muerto». Así lo expresaba en *El sentimiento trágico de la vida*. No creo que Andrés obrara así, conscientemente, para provocar este clamor en sus amigos y conocidos. Es más, era, con toda razón, contrario a toda moralización del cosmos. Pero creo que nosotros hacemos bien doliéndonos, protestando contra la injusticia, pues de esa manera, suponiendo que los acontecimientos no sólo ocurren sino que también significan, damos sentido al mundo y hacemos en él un hueco para nuestros muertos, para aquellos que no van a ser barridos por el olvido por lo menos mientras vivamos.

Y acabo ya. Siento haberme deslizado en ocasiones hacia el patetismo, pero tan sólo quería que se imprimiera mejor en nuestra memoria la imagen sonriente del amigo, que, nos guste o no, sea justo o injusto, ahora depende totalmente de nosotros para seguir teniendo presencia, modesta presencia, pero presencia al fin y al cabo. Recordémoslo, pues.

Ramón RAMOS TORRE,
Intervención en el Acto Homenaje
a Andrés Bilbao celebrado
en la Facultad de CC. Políticas y Sociología
el día 28 de octubre de 2002.